

## DESDE LA DISTANCIA

## Tétanos neonatorum

José María Gómez Montes

Cuando me jubilé, la Escuela de Enfermería me organizó un acto de homenaje que presidieron el Presidente de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja, D. Manuel Olmedo (q.e.p.d.), la Directora D<sup>a</sup> María del Carmen Maroto, el Presidente de la Real Academia de Medicina de Granada, D. Gonzalo Piédrola y por invitación especial de la profesora Maroto, el Catedrático de Pediatría de la Facultad de Medicina de Granada D. Antonio Molina, detalle muy propio de ella, que le agradecí muchísimo.

En una conversación fuera del acto, y en mi presencia, el profesor Piédrola le preguntó al profesor Molina:

"Antonio, ¿cuántos casos de Tétanos de Recién Nacido has visto en tus muchos años de profesión y cátedra?"

"Unos tres o cuatro casos", contestó el Profesor Molina.

"José María, dile a Antonio cuánto has visto tú" me pidió el profesor Piédrola

"Ciento cuarenta y ocho hasta el momento", le contesté.

El profesor Molina quedó atónito ante una casuística tan elevada y deseó conocer la causa de tamaña desproporción. Le contesté:

"De todos estos casos, sólo uno fue un niño de ascendencia judía, de familia muy humilde; todos los demás fueron niños marroquíes, pertenecientes también a familias muy pobres, de escasísima cultura sanitaria y, de ellas, la mayoría, pertenecientes al agro marroquí".

"Cuando empecé a ejercer, acababa Marruecos de lograr su independencia. La Sanidad estaba bastante atrasada, sobre todo en el ámbito rural. Acudían a los consultorios cuando el niño o el adulto estaban casi en fase terminal. La mayoría de los partos se realizaban en las propias casas, atendidos muchas veces por personal no profesional, con una falta de

higiene verdaderamente alarmante: a los recién nacidos se les ataba el cordón umbilical con hilos sacados de las propias vestimentas de los adultos, y a continuación, se les ponía un apósito de "hanna", se les envolvía en paños blancos más o menos limpios y luego se ataban como si fueran longanizas".

"Ante esta falta de higiene y la "hanna", ya habrás comprendido perfectamente que la herida umbilical era una amplia puerta de entrada de los bacilos tetánicos, y de ahí, el que yo tenga una casuística tan elevada de Tétanos del Recién Nacido durante toda mi vida profesional. Tengo la seguridad de que los demás compañeros Pediatras de aquellos tiempos, aportarían similares estadísticas a la mía".

Gracias a la acción del Ministerio de Sanidad marroquí y la colaboración de los médicos europeos (la mayoría españoles) que ejercían en Marruecos contratados por el Gobierno y médicos marroquíes formados en las Universidades europeas, se fue implantando una educación y cul-

tura sanitaria en las clases más pobres, entre los que se incluye el agro, de tal forma que, todos estos terribles procesos han ido desapareciendo. Hoy todas las marroquíes dan a luz en los Hospitales de Marruecos o de Melilla y Ceuta y actualmente es rarísimo que llegue a un servicio de Pediatría un niño con un Tétanos del Recién Nacido.

En aquellos tiempos, solía aparecer en mi consulta, entre semana y semana y media, un marroquí con su hijo de 5 a 7 días de vida, en brazos de la abuela, manifestando que el niño no podía tomar biberón o el pecho de la madre, ni tragar.

Cuando veíamos al pequeño, rígido con la boquita entreabierta, la mandíbula encajada, que no había fuerza humana capaz de abrir más la boca (yo lo bauticé como "el signo del dedo" porque no podíamos introducirle en la boca más de la punta del dedo índice), preguntábamos al padre, cuántos días llevaba el bebé de esa forma y, siempre, nos contestaba que llevaba así, dos o tres días. Entonces,

**"... veíamos al pequeño, rígido con la boquita entreabierta, la mandíbula encajada, que no había fuerza humana capaz de abrir más la boca ..."**

que no había fuerza humana capaz de abrir más la boca (yo lo bauticé como "el signo del dedo" porque no podíamos introducirle en la boca más de la punta del dedo índice), preguntábamos al padre, cuántos días llevaba el bebé de esa forma y, siempre, nos contestaba que llevaba así, dos o tres días. Entonces,

sentíamos que nos invadía una desconsoladora sensación de impotencia, porque teníamos la absoluta seguridad de que este enfermito estaba condenado a muerte sin remedio, en menos de 48 a 72 horas, a pesar del tratamiento que le aplicáramos: ante nosotros, aparecía un nuevo caso de Tétanos del Recién Nacido.

Para hacerse una idea de la terrible enfermedad ante la que nos encontrábamos inermes, la mortalidad era del 100% si al niño no se le proporcionaba la medicación adecuada antes de las 24 horas del inicio de los síntomas. Si se le administraba suero antitetánico y antibióticos antes de esas 24 horas, la mortalidad era del 50%. (Estadística del Profesor Cruz Hernández, catedrático de Pediatría de Barcelona). Desgraciadamente, a nosotros, no nos llegó nunca un caso de menos de 24 horas de iniciación de los síntomas, así que nuestra casuística fue del 100% de mortalidad.

Pero a partir de las décadas de los setenta-ochoenta, se cambiaron las normas de tratamiento, y aunque trajeran al niño pasadas las 24 horas de la aparición de los primeros síntomas, el resultado fue extraordinario. No voy a describir este tratamiento moderno, pues no quiero fatigaros con términos estrictamente profesionales; solamente añadir que la duración del mismo es, aproximadamente, de unos 40 días.

Este resultado nos llenó de una íntima satisfacción y de una gran alegría: El profesor Cruz Hernández, manifiesta en su libro, que consiguió reducir la mortalidad a un 25%. Nosotros hemos tenido mucha más suerte, a pesar de los varios casos presentados (cinco en total antes de mi jubilación): desde la aplicación de este moderno tratamiento, no tuvimos más fallecimientos; habíamos conseguido una mortalidad del 0%".

Charlas con María (III)

## Rayos y truenos

G. De Álvaro

No. No son palabrotas, que tú tienes una mente pervertida que sólo piensa picardías. ¡Habrás visto! ¡Llamar palabrotas al susto mayor de mi vida!

Hacia siete meses que había ingresado en la Compañía Iberia y uno volando como comandante. Volábamos en un avión que tu no conoces: con dos motores de hélice. . .

Que ¿qué es una hélice?. Pues esa cosa que gira en el ventilador .

. . . Sigo: y muy pequeño, sólo cabían 25 personas.

Que ¿cómo de pequeño?.

Pues tan pequeño que se podría meter en uno de los salones de la residencia en que vivo.

Que ¿por qué no le metemos ahora?.

Mira, María, me desbordas. Tengo las mismas ganas de meter ahora un DC-3 en la Residencia que de tirarme en paracaídas.

¿Qué si me he tirado alguna vez en paracaídas?.

No. Pero he estado en el avión desde el que se tiraba una patrulla y sentí un poco de miedo. Aunque ya sabes que el abuelo es fuerte y valeroso.

¿Qué no se dice así, que se dice "poderoso"?

Es verdad. Los viejos nos olvidamos de muchas cosas, menos de lo mucho que queremos a nuestros nietos.

Debes estar en la edad de las preguntas, calla un momento y déjame seguir:

Era un vuelo normal de Barcelona a

Madrid con 15 pasajeros y, de repente, se empezó a oscurecer el cielo. Mala señal. Si hubiese sido verano con tormentas aisladas, la solución habría sido sencilla: rodear la tormenta y volver a poner rumbo a Madrid. El retraso hubiese sido mínimo.

Pero era noviembre y lo que se veía en el horizonte era un frente compacto de tormentas (Frente frío), para evaluar su dimensión, nos desviamos a la derecha (Norte) por la depresión del Ebro. No era partidario de la desviación hacia nuestra izquierda (Sur) pues allí está la Serranía de Cuenca, con altura de hasta dos mil metros y nuestra altura de vuelo era de dos mil quinientos metros.

Hacia un par de meses que un avión de Iberia se había estrellado en las proximidades de Cuenca y fallecieron pasaje y tripulación. El comandante, un excelente piloto, era mi mejor amigo -habíamos ingresado juntos- y fui a recoger sus restos. No había nada. Se habían

incrustado contra la ladera de la montaña. Si hubieran volado 50 metros más altos... ¡Se hubieran salvado!

Me estoy poniendo triste al recordado. ¿Qué tú no quieres que el abuelo se ponga triste?.

¡Hija mía! ¡Qué buena eres! ¡Te quiero mucho!. Toma todos los dulces, que te los has ganado y además el abuelo ya no está triste.

¿Por dónde iba?.

Ya. Nos desviamos a la derecha y comprobamos que el frente de tormentas se prolongaba en dirección a los Pirineos. No había otra solución:

"Señores pasajeros, les habla el Comandante De Álvaro abróchense los cinturones de seguridad. Esperamos fuerte turbulencia, pero durará poco, unos cinco minutos. No se alarmen por los relámpagos: las nubes están cargadas de electricidad; pero nosotros estamos bien aislados. Gracias".

No era valentía, era insensatez, nos

metíamos en nubes y no sabíamos lo que había dentro; pero entonces nosotros "éramos valientes".

Nos metimos en nubes y había menos turbulencia de la que se esperaba, pero relámpagos estaban todos. Todo nuestro entorno estaba iluminado con una luz amarillenta y muy intensa. De repente: ¡Zas! Una luz cegadora y POUM, un ruido no de trueno que dura casi un segundo, sino como un disparo de cañón. ¡Nos ha caído un rayo!!. Pero el avión seguía volando sin problemas de ningún tipo y, sin darnos tiempo a tomar ninguna medida, se abrieron las nubes como una cortina y nos encontramos volando tan tranquilos, en cielo despejado y muy claro.

Seguimos nuestra ruta y, al cabo de una hora, aterrizábamos en Barajas. Inspeccionamos el avión y, efectivamente, un rayo había perforado la parte superior del ala derecha y había dejado un agujero del tamaño de un puño. Los mecánicos de tierra desmontaron el ala y se la llevaron de recuerdo. Nosotros nos preparamos para ir a Sevilla, final de nuestra jornada. Cenábamos y dormíamos en Sevilla, para volver a Madrid a las ocho de la mañana.

- Abuelo... cuando tu cumplas todos tus años y ya no "sobrevivas" ¿Quién me va a contar los cuentos?

- No te preocupes, mi vida, que yo te seguiré contando cuentos cuando sueñes porque estaré vivo en tu recuerdo.